

Octbre.
1915

PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

Precio:
UN PESO





Brescente Enayuris

Don Crescente Errázuriz

Por

Armando Donoso

Con fotografías

¿Ha sido acaso en una añeja crónica escrita por un docto holandista o en un alado cuento azul, compuesto por un monje poeta, donde he leído esta historia admirable? Erase un santo y pío varón, bondadoso y dulce como la leche recién ordeñada, cuyo espíritu no fué a perturbar nunca ni la sombra de un mal pensamiento. Un día tuvo un sueño y soñó que un ángel llegaba hasta él, enviado por Dios, y, colocándole una pluma blanca en su diestra mano, le decía: "Alaba a Dios y honra a la verdad". Y desde aquel instante comenzó a emborronar muchos pergaminos, sirviendo la causa divina con el oro de su pluma; y, diz que cuando quiso dormirse en el seno de la muerte, cuatro ángeles vinieron en su busca para llevarle hasta el seno del Señor.

¿Tal vez la gloria de la primavera que se manifiesta en este día lleno de sol y de arrullos?; tal vez un suave perfume de incienso que llega de la iglesia vecina?; ¿o acaso la paz del ambiente traen a mi memoria el recuerdo de la ingenua historia primitiva? En este

rincón tranquilo de la ciudad, lejos del bullicio y como escondida detrás del follaje del Huelén, se alza la pequeña capilla de la Vera Cruz, en una calleja tortuosa y pintoresca, donde ni el ruido del tráfico urbano viene a turbar la paz sedante de los días. En uno de sus ángulos, que forma con las dos calles vecinas, hay una casa pequeñita, encerrada entre dos patizuelos, que sirve de hogar al santo sacerdote cuyo recuerdo ha traído hasta nosotros la evocación de la alada conseja. Junto a su

iglesia y cerca de su jardín siente deslizarse los años don Crescente Errázuriz, ajeno a todos los bullicios mundanos y sólo al servicio de Dios, de curar las humanas flaquezas y al trabajo de sus libros. Su cuarto de trabajo es claro y alegre y nada de él hace pensar en un ambiente conventual. Sin embargo, quien acaba de llegar hasta aquí desde el centro bullicioso de la ciudad, extraña esta paz que nada turba, este silencio amable que invita a reposar largamente, sin pensar en nada. La sala de recepción está



La capilla de la Vera Cruz y la casa de don Crescente

desierta: aquí un amplio sillón de lectura y sobre un soporte destinado a los libros, duerme, aguardando la mano que ha de recorrer sus hojas, un volumen de la "Historia de los Papas"; en una mesa cercana los anteojos denuncian que hace un instante el libro estaba abierto y unos ojos repasaban la lectura; más lejos, en un rincón y bajo un retrato del Arzobispo Valdivieso, una imagen antigua, toscamente tallada, sobre un dragón, pone una nota curiosa y bizarra en medio de aquella sala limpia en la que todo es nuevo y brillante. Pero la alegría que todo lo llena, que es como una sonrisa de la primavera animando el recinto, está en el fresco jardinillo que se recorta a través de los cristales de la ventana; un jardín pequeñito, coquetuelo, lleno de frescas flores blancas, que resaltan sobre el verde nuevo de los brotes y que denuncian el cuidado de finas manos. Sobre el alféizar de la ventana asoman dos rosas enormes, decorativas y alegres: y cuando el viento las agita se dijera que se alejan y se acercan en cuchicheos femeninos...

Hermano de un Presidente, de don Federico Errázuriz Zañartu, tío de otros dos, de don Federico Errázuriz Echaurren y de don Germán Riesco, don Crescente ha vivido muy de cerca de nuestros gobernantes en las épocas de mayores acontecimientos históricos de la República. En no pocos casos su consejo fué bálsamo de suavidad en medio de las tormentas desencadenadas por las pasiones políticas: durante la Presidencia de los dos Errázuriz; en los días inciertos de la guerra del Pacífico, cerca del Ministro Sotomayor; durante los conflictos entre el Estado y la Iglesia, en los años del Presidente Balmaceda; cuando el Gobierno de don Germán Riesco: su saber prudente, su serenidad de juicio, su probada experiencia en los negocios humanos, fueron puestos a prueba una, diez y cien veces. Y, a pesar de haber tenido ante él todas las puertas francas y todos los caminos abiertos para llegar hasta donde hubiera querido, siempre don Crescente Errázuriz prefirió la apartada tranquilidad del hombre de estudio, lejos de las vanidades humanas, que

duran lo que las rosas, "el espacio de una mañana", según el lindo decir del poeta. Cuando él estaba más cerca que nadie del Gobierno y más cerca que nadie también de los altos prelados de la Iglesia, ocupando cargos de delicada responsabilidad, así en la época que dirigía el "Estandarte Católico" a fin de satisfacer los deseos del Arzobispo Valdivieso que no los propios, jamás pensó en él y sólo aguardaba la hora de poder retirarse al silencio propicio de la meditación y del estudio, donde se había de dar por entero a sus piadosos menesteres y a las disciplinas de la historia, viviendo muy lejos del carnaval humano, como quería el divino Fray Luis de León:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

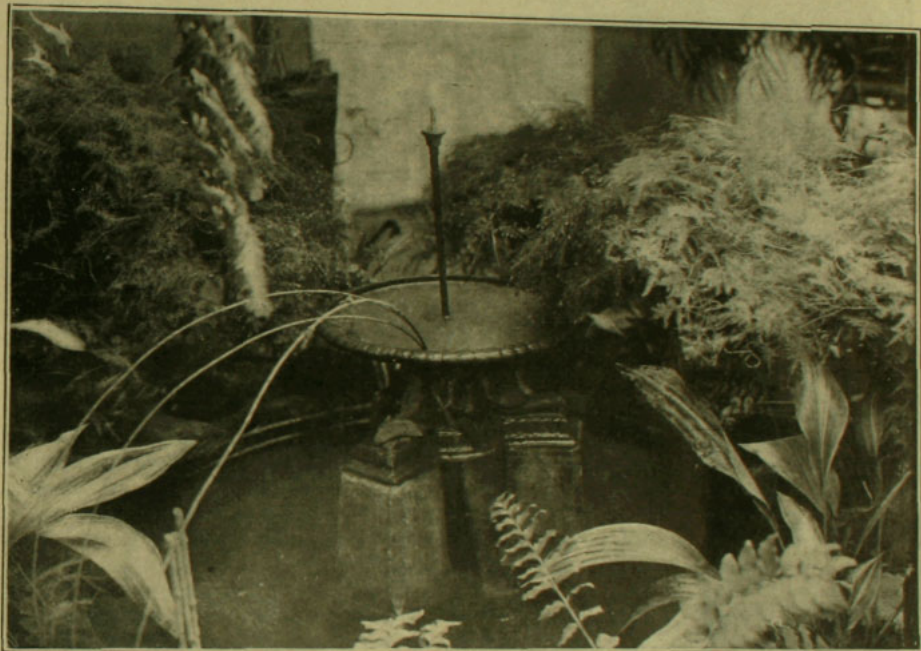
Y así se ha deslizado su existencia, conforme a sus tranquilos deseos: silencio, paz, meditación y estudio. Su noble austeridad es para sus contemporáneos un ejemplo: ejemplo de desinterés, de rectitud, de bondad. Ante una vida como la suya es posible olvidar todas las pasiones y nada nos extraña saber que sus mejores amigos han sido y son no los eclesiásticos, sino aquellos cuyos credos son casi opuestos al suyo. Cerca de él, en su tranquilo hogar, ¡qué lejos se sienten esas ásperas divergencias de opiniones, que alejan a los hombres y tornan mezquina la sociabilidad humana! Nos bastará oír de sus labios el fraternal afecto con que recuerda a don Miguel Luis Amunátegui y a don Diego Barros Arana, para que acabemos de comprender su elevación moral superior distante, a cien codos de altura, de las bajas rencillas que cavan abismos infranqueables entre muchos mortales.

Siete obras de historia, que constituyen las más altas páginas del género compuestas en nuestro país, afirman el prestigio de don Crescente Errázuriz dentro y más allá de nuestras fronteras. Escritor elegante y castizo, ha recibido el homenaje de ser acogido en el seno de las dos instituciones doctas más prestigiosas del mundo hispano-parlante: la Real Academia de la Lengua y la Real Academia de la Historia; y, entre nosotros, la So-

ciudad de Historia y Geografía le asignó a él su primera medalla de oro, distinción bella y única con que más tarde ha honrado también al docto Medina y a don Gonzalo Bulnes. La Academia Chilena, correspondiente de la Española, cuéntale en la actualidad como su presidente. ¿Para qué insistir sobre su altísimo prestigio y sobre sus indiscutidos merecimientos de historiador? En Chile y fuera de Chile su autoridad recibe constantemente pruebas

si de los nuestros se trata, harto conocidos son y por tales deben callarse.

De pronto se escuchan unos pasos lentos y firmes en el corredor. Luego aparece en la puerta don Crescente Errázuriz, amable, bueno, dejando ver a través de sus pupilas francas hasta el fondo de su pensamiento.



Una pequeña pila, entre frescos helechos, anima con el cantar de su chorro que constantemente se desgrana sobre la linfa, el silencio del primer patizuelo...

de noble aprecio y testimonios de admiración. Hace algunos años, cuando la publicación de su obra "Pedro de Valdivia", le escribía quien era considerado en la Península como una autoridad indiscutible, don Eduardo de Saavedra: "Por la inmensa acumulación de datos, por la perfección del estilo y por el interés de la narración, "Los seis años de la historia de Chile" son un monumento levantado a la gloria de nuestros comunes ascendientes, no menos que a la literatura hispano-americana contemporánea." Este solo juicio puede ahorrar otros muchos extranjeros, ya que

Bien cae sobre sus hombros el amplio traje talar del sacerdote: realza y pone un tono severo a su cuerpo firme y corpulento. Su figura venerable respira mansedumbre e inspira confianza. Su rostro severo, de rasgos firmes y netos, recuerda el perfil de alguna medalla romana: frente amplia, largas cejas, nariz redonda, boca que denuncia firmeza y voluntad, mentón firme y ojos llenos de vida que transparentan la llama ardiente de una inteligencia vivísima, acentúan el carácter particular de su expresión fisionómica.

Cuando le insinuamos una primera pro-



Antiguo retrato de don Crescente y de don José Manuel Balmaceda, de la época en que eran estudiantes.

gunta, como queriendo escapar al momento que corre para volver hacia el pasado, retrocediendo unos doce lustros, hasta llegar a los azules días de su lejana niñez, don Crescente, con gesto paternal y voz llena de mansedumbre, la voz acostumbrada del anciano que a menudo prodiga el oro de su consejo, nos replica:

—Tengo tan poco que decir, tan escasas cosas que puedan interesar. De mi padre no conservo ningún recuerdo, pues cuando él murió yo tenía cinco años. Hace de esto... setenta y un años, porque voy a cumplir setenta y seis. Mi padre murió de setenta y dos...

—Y de su vida de escolar?...

—Estudí las primeras letras en la escuela de las señoras Fernández Díaz, primas del antiguo Presidente Pinto, quien vivía también en uno de los costados de la casa donde estaba el colegio, situada en la calle de las Monjitas, al lado de la que es hoy la de la Beneficencia y que después fué de don José Joaquín Pérez, donde él vivió aún durante su período presidencial, pues no se fué a la Moneda. Mi casa estaba muy cerca: yo había nacido y vivía en la casa de mi padre, en la plazuela de

la Merced, esquina de la calle de las Claras, la casa que es ahora de la señora Valdés viuda de Leteller... En el colegio de las señoras Fernández Díaz sólo éramos admitidos los hijos de sus amigas, pues ellas eran cuanto de más honorable había en la sociedad y estaban vinculadas por lazos estrechos de amistad con nuestras madres. En esa escuela pasé tal vez hasta los cinco años y recuerdo entre mis condiscípulos a don José Rafael Salas... Después ingresé al Seminario hasta concluir humanidades; antes había estado en el colegio de Fagalde. Terminadas mis humanidades, estuve cinco años afuera para volver en seguida a realizar mis estudios de teología.

—¿De qué época data su primer recuerdo de don Rafael Valentín Valdivieso?

—No podría precisar, ya que fué él mi segundo padre; desde que murió éste, hizo las veces de tal, como hermano que era de mi madre. Su recuerdo es para mí la formación de mi niñez: de él tendría que decir lo que se dice de un padre.

—¿Con él realizó su viaje a Europa?

—Con él. También iban el Obispo de La Serena, Monseñor Orrego, el de Concepción, Monseñor Salas, y muchos eclesiásticos. Formábamos una partida considerable. Hicimos todos el viaje juntos hasta Roma y de Roma partí solo, después, a fin de dar una vuelta por Europa... Visité Francia, Bélgica, España y estuve algunos días en Inglaterra...

Interrumpe un instante la charla don Crescente y se sonríe bondadosamente, como repasando un recuerdo sabroso, y luego, nos dice:

—Vea lo que son las cosas. En Inglaterra estuve algo enfermo: boté un poco de sangre, y en verdad que me sentí alarmado. Me vió un médico, quien tras atento examen, me sentenció que no llegaría a Chile, pues me quedaban pocos días de vida... Pero aquel médico se equivocó y quién sabe si poco después murió él mientras yo vivo aún.

—¿Conoció en Francia a Luis Veuillot?

—Estuve con él varias veces y conocí también a los redactores de "El Universo". Más de cincuenta años tenía por ese entonces Veuillot. ¡Qué bien hablaba! Era muy jovial: lo que los franceses llaman un causer. Fué muy atento y obsequioso con nosotros: le dió un banquete en su casa

al señor Arzobispo de Santiago y a nosotros, con quien mantenía antiguas relaciones epistolares de amistad.

—¿Y en España?...

—De algunos meses fué mi estada en la Península. Allí me encontré con Castelar, en casa de un compatriota: don Rafael Vial, que era amigo de aquél. Vial había dirigido un periódico en Lima y le había contado como corresponsal: desde entonces databa su amistad. La impresión que me causó Castelar fué enteramente distinta de la de Veuillot: mientras a Veuillot no le había oído hablar ni una vez de él, Castelar nada dijo que no fuera sobre su persona.

—Durante el tiempo que permaneció en Roma, ¿tuvo ocasión de ver de cerca a Pío IX?

—Dos veces vi al Papa. La primera vez cuando recibió en audiencia al Arzobispo de Santiago con sus acompañantes. Entre ellos fui yo. Después tuve la fortuna de ser recibido particularmente por él en audiencia especial. Llevaba de mi familia una suma destinada al Santo Padre, la que no le entregué en la primera audiencia para tener ocasión de poder verlo otra vez. Entonces era cosa muy difícil obtener una audiencia suya, porque había tanta gente y prelados de todas partes del mundo, lo cual hacía casi imposible ver a Su Santidad. Poco antes de partir y por intermedio del Cónsul chileno, don Joaquín Santos Rodríguez, pedí una audiencia para entregarle una oblación y la tuve pronto. Me habló el Papa en perfecto español, preguntándome por varias cosas de Santiago y de algunas familias chilenas; y cuando iba a terminar la audiencia, me dijo: "Ya ves, no me he olvidado de Chile", y señalándome un obsequio que le había llevado un compatriota, agregó: "Allá tampoco se olvidan de don Juan"... que así le decían aquí cuando había estado de joven en nuestra Legación Pontificia.

—¿Es cierto que a menudo solía el Pontífice enviarle saludos y recuerdos, con los chilenos que pasaban por Roma, al Zambo Peluca?

Bondadosamente se sonríe don Crescente y replica:

—Puede ser. Era tan servicial Romero, conocía a todo el mundo, que no es extraño que Pío IX, tan cordial como era y con tanto afecto como recordaba a Chile, guar-

dase una agradable memoria de aquel buen hombre a quien conocí mucho y todos queríamos.

—En Roma ¿vió a Monseñor Dupanloup?...

—Un día, había almorzado primero con el Obispo Salas, cuando Monseñor Dupanloup llegó a visitar al Arzobispo, que en este momento estaba sentado a la mesa: tuve ocasión de cambiar dos palabras con él y nada más.

—¿Cuánto tiempo duró el viaje en Europa?

—Poco menos de un año... sí, poco menos de un año.

—De sus días de colegial, ¿recuerda con especial dilección algunos de los juegos de entonces?

—Sí, naturalmente: el juego del volantín. Hay que deplorar que esas cosas hayan concluido. El volantín constituía un entretenimiento público del pueblo... Casualmente ya en este tiempo habían comenzado. Pero, sí bien lo recuerdo...



Hermosa Virgen tallada en madera que adorna una de las salas en la casa-habitación del historiador



Otro rincón en la sala de trabajo de don Crescente.

hacerlos entrar a un garfio. Sin embargo, generalmente las comisiones duraban mucho, constituían un espectáculo largo y variado. Había volantines famosos y eran no pocos los caballeros que iban a hacer las comisiones. Muchos de estos volantines tenían sus insignias y hasta su tradición: los había que llevaban un ojo a la izquierda o a la derecha, otros una piqueta negra... Sus dueños tenían su amor propio en que no se los entraran, porque los de la bola procuraban tomarlos en el garfio... ¡Era un juego muy bonito! Los muchachos de entonces no pensaban otra cosa y los hombres también, en muchos casos. Casi no había casa que no tuviera su volantín... y, donde había un volantín, había comisión, es decir guerra. Porque en este juego se mostraba bien claramente nuestro espíritu guerrero... Los volantines de las calles echaban comisiones con los de las casas y éstos a su vez con los de las casas vecinas... A veces, el día de ánimas, los volantines salían con calaveras.

—¿Y los otros juegos?

—El mismo carácter guerrero tenía el juego del trompo—nos replica don Crescente.—Así, por ejemplo, se formaban dos partidos que tenían sus jefes: se rifaba quién había de ser el que ponía el trompo en el centro del círculo, hecho en el centro del patio. La gran cuestión en el torneo estaba en hacer llegar el trompo a un extremo del patio. Primero tiraba un partido, después el otro. Cuando vencía uno, el contrario tenía que colocar otro trompo para que le dieran tantos "quifazos" cuantos eran los apostados. Los ganadores generalmente habían preparado de antemano un trompo para dar los quifazos: le afilaban la púa hasta que ésta quedaba como una navaja. Pero, antes de ir al juego dicho trompo, tenía que ser sometido a una prueba: debía hacerse bailar y ser tomado en la mano por el jugador. Con frecuencia los jugadores buscaban a un segundo que tuviera la piel dura y pudiera resistir el trompo sobre la palma de la mano. Luego se daba comienzo al pago: uno, dos, tres... hasta que se partía un trompo... después se colocaba el otro. Solían perderse en una partida dos y tres trompos: éstas eran las víctimas de la guerra...



Sra. Rosario Valdivieso de Errázuriz, madre de don Crescente

—Y respecto de las costumbres de aquel entonces, ¿recuerda algo interesante sobre los paseos, las visitas y la vida social de Santiago?

Cavilla un instante don Crescente, concentrando sus recuerdos de medio siglo, como en un esfuerzo para revivir aquel antaño tan pintoresco y tan lejano. Se apaga el brillo de sus pupilas un instante, en una suave expresión de ausencia, luego se animan otra vez; se dijera que, después de realzar su memoria un viaje de dos minutos a través del pasado, ya tiene conciencia del presente. Su voz lenta dice:

—Yo alcancé a la siesta a calzón quitado. Aunque era muy muchacho me acuerdo claramente: cerrábase las puertas de calle y todo el mundo dormía la siesta. Después de la siesta salían a sus ocupaciones los hombres, hasta la hora del paseo.

El paseo era el puente de Palo y el Tajamar del

Mapocho. Porque entonces sólo se conocían el puente de cal y canto y el que llamaban de palo, que estaba frente a la Recoleta. Unos se paseaban por el puente, otros iban por el Tajamar, hasta lo que es hoy la Providencia. Abajo, cerca del Tajamar y en las partes donde estaban las bajadas, escaleras de ladrillos, solían ponerse las ventas. Duraba el paseo hasta el comienzo de la oración... Pero no fué

esta sola la única parte concurrida, pues no lo eran menos las calles por donde volvían los paseantes a sus hogares: la de las Ramadas, hoy Esmeralda, la de las Monjitas, la de Santo Domingo y la de Merced. Sobre todo las tres últimas eran las preferidas por los que regresaban de sus paseos. A esa hora también las familias salían a los zaguanes y a la puerta de calle para ver a los que volvían: formaban dos

hileras de sillas y, cómodamente sentadas, miraban la gente hasta que era ya entrada la noche. En aquel paseo las amigas y los amigos tenían oportunidad para hablarse, para imponerse de la salud de sus relaciones o para hacer la visita obligada de la intimidad. A veces las que estaban en la puerta convidaban a las paseantes y todas juntas se entretenían viendo pasar la gente, enhebrando comentarios o repasando la crónica del día. Después la dueña de casa invitaba a las amigas al mate; en-



Retrato de don Crescente en la época en que era Superior en la Recoleta Dominica

traban a la cuadra, lo que hoy llamamos sala o al costurero, que actualmente denominamos antesala, y allí las visitas, ya fuesen cuatro o seis, que sumadas a las de la casa, hacían una docena o poco más o menos, aguardaban el obsequio charlando alegremente. Allí se sabía el matrimonio de la amiga, la enfermedad del pariente o se recordaba la próxima fiesta religiosa y el santo de tal o cual personaje linajudo. Ya

sabía la sirvienta de la casa lo que debía hacer: contaba las visitas para regresar luego, llevando en bandejas de plata tantos mates de plata cuantas fuesen las personas. A cada cual se le servía el suyo y podía repetir todas las veces que lo deseara. Después la visita se despedía para llegar a su casa a la hora de la cena, que era generalmente la de las ocho y media...

Por lo que toca a la comida, era sumamente sencilla y en todo caso abundante. Si es cierto que no existía el lujo, también es cierto que no se conocían las deudas: todos vivían con mucha holgura. Las dueñas de casa podían recibir a comer cuatro o cinco personas sin que éstas fuesen una carga. Frecuentemente, cuando había un plato especial, la dueña de casa daba orden para que se le preparase una fuente a una amiga y se la enviaba con una sirvienta, que era portadora del siguiente recado:

"A misiá Fulanita, que le manda la señora porque le está gustando", y la obsequiada respondía, generalmente, "Dile a la Fulanita que le agradezco mucho su fineza y que en su nombre nos la tomaremos"...

Calla un instante don Crescente mientras nosotros pensamos en aquella dichosa época en que no sólo el plato especial de la cocina casera solía ir a sorprender el apetito de la amiga, si-

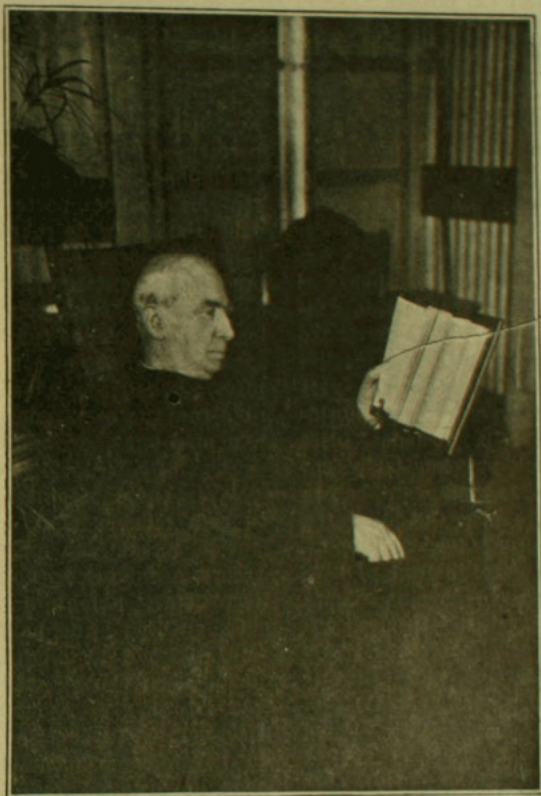
no en que la vecina mandaba a veces a la criada al hogar cercano a fin de conseguir el hueso chascón para hacer que el caldo rindiera en substancia y sabor. Dichosa época en que la buena memoria de los criados ahorraba las molestias del teléfono y los sinsabores de las esquelas de correo; dichosa época, en fin, en que cada ciudad era como un amplio hogar común,

en el cual compartían la felicidad desde el más humilde esclavo hasta el más empingorotado señor, ignorando estas bárbaras complicaciones de la edad en que vivimos.

—De la servidumbre de entonces, ¿conservaba algún recuerdo curioso? ¿Alcanzó a conocer esclavos?...

—Los sirvientes antiguos eran verdaderos miembros de las familias. Años de años vivían en las casas hasta morir en ellas. Cuando se acordó la ley que libertaba a los esclavos, fué recibida en general por és-

tos como una ley hostil, de persecución, porque se imaginaban que los iban a arrojar del seno de las familias. De los de mi casa sólo recuerdo uno que se salió para ir a servir en la de un pariente cercano. Entre las esclavas que alcancé a conocer recuerdo a Carmen, la negrita, era negra, y a Mamaté, también negra y que era esclava en casa de una tía, que así le decíamos por su nombre Teresa. Carmen llegó



Don Crescente lee un volumen de la "Historia de los Papas"



a ser, en casa, muy anciana, y a fin de que ella no se creyese inútil y que estaba de más, le puso mi madre una muchacha a su servicio para que la ayudara a cocinar dulces; ¡qué exquisitos los sabía hacer la buena vieja! Por cierto que todo lo hacía la muchacha, pues Carmen apenas si veía ya, dada la edad avanzada que contaba. Antes de morir tuve una enfermedad larga y dolorosa. Un día mi madre me llamó para decirme: "Es preciso que veas a la Carmen porque quiere irse al hospital. Es necesario que la disuadas". Era entonces yo sacerdote y como tal y por el mucho cariño que me tenía, contaba con cierta autoridad sobre ella. Cuando fui a verla y le dije mis propósitos, me respondió: "No, amito. Yo necesito irme al hospital. Viene dos veces por semana el médico; soy una carga". Hube menester convencerla con toda clase de razones y decirle al fin: "Pero, Carmen, piensa que le vas a ocasionar a mi madre un serio disgusto y a sus años..." para que ella, al sentirse herida en el fiel cariño que le guardaba, abandonase sus propósitos. Que tales eran en sus sentimientos delicados esas buenas mujeres que nos gobernaban como si fuesen verdaderas madres... Me acuerdo también de dos esclavos varones. Era el primero uno que hasta la muerte continuó sirviendo a mi abuela materna, doña Mercedes Zañartu. Lo llamábamos taita Alonso, y creo que era africano. Lo que aseguro es que siempre habló el español a su manera... Uno de los monasterios de Santiago, con ocasión de no recuerdo cuál fiesta, mandó al Arzobispo una gran torta de dulce, que se repartió en varios regalos. Se envió una parte al Instituto

Nacional, en donde se educaba uno de mis hermanos, Santiago; otra al Seminario, a Maximiliano. Por desgracia, la famosa torta contenía no poca parte de veneno, tal vez debido al tiesto de cobre con que se había hecho. En casa y en los colegios fueron muchos los enfermos; pero todo no pasó de dolores de estómago y de vómitos. Uno de los más atribulados fué "taita Alonso", que seguramente había comido mucho de la torta y que se negaba a tomar el agua tibia con que se le quería hacer arrojarla: "No más agua, exclamaba. ¡Mientras más agua, más vomitorio!"... Había algunos esclavos que sabían leer y escribir. Sirvió en casa muchos años, creo que hasta su muerte, un antiguo esclavo de las señoras Azagra, a quienes yo no alcancé a conocer. Respondía al nombre de "Ño Carlitos Azagra", apellido que había tomado de sus amas. Cuanto al diminutivo de Carlitos, no tenía, en verdad, razón de ser. Ño Carlitos era un viejo robusto todavía, aunque encorvado, y su cobrizo semblante parecía no haber carecido de hermosura. Sabía, como he insinuado, leer y escribir, y aún tenía la manía de escribir. A falta de papel o pizarra y de plumas o lápiz, llenaba a menudo el umbral de la puerta de calle con letreros escritos con carbón y en hermosa letra redonda... Era Ño Carlitos Azagra fecundo escritor, en cambio hablaba poco y de ordinario sentenciosamente. Había llegado un año el día de Pascua y Ño Carlitos no entregaba a mi madre su cédula. Por antonomasia se llamaba así la cédula de comunión que en la parroquia repartía el ayudante de la misa a cuántos comulgaban, a fin de que pudiesen atestiguar haber cumplido con la Iglesia. Lo

llamó mi madre y le dijo:—"No Carlitos, ya va a terminar el cumplimiento de Iglesia y usted no se ha confesado".—"No, señora".—"Pero, no, Carlitos, usted es buen cristiano y sabe que tiene obligación de confesarse: hágalo, pues, pronto".—"No puedo, señora".—"Pero, ¿por qué no puede usted confesarse?".—"Porque mi confesor no está aquí"... El confesor de No Carlitos era un padre de San Francisco.—"Si no está en Santiago su confesor, le respondió mi madre, confiélese con otro sacerdote".—"Me desconceptúa, señora"...

Transcurre un instante. Un criado penetra a la sala para comunicarle a don Crescente que alguien le aguarda. Entonces él le responde, en voz alta:

—Dígame que estoy ocupado, que no puedo ir porque me estoy confesando con un caballero...

Dice y ríe buena, dulce y regocijada, con esa expresión suya toda mansedumbre, que muestra su alma entera a flor de labios.

—De las personas de su mocedad, ¿a quiénes recuerda con mayor afecto?

—Antes que a nadie y siempre al Arzobispo Valdivieso. Ya le he dicho que fué mi segundo padre. Es a él a quien más le debo. Sus aficiones, sus enseñanzas, fueron las mías. Era notabilísimo escritor: de ordinario agotaba la materia que se proponía tratar y en sus escritos se pueden estudiar a fondo los asuntos dilucidados por él. Se había formado en el gusto de su abuela, doña Rosa Manso, matrona cultísima, lectora de los mejores escritores, que le

había educado. A veces solía pensar, cuando estaba escribiendo: "¿Cómo decía mi abuela?"... y de seguro que daba con la frase o la palabra apropiada que buscaba.

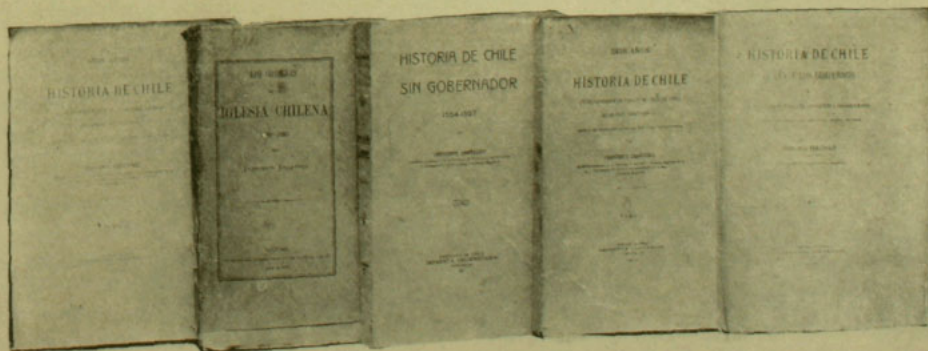
—¿Vivió en alguna época de su vida cerca de su tío don Ramón Errázuriz?

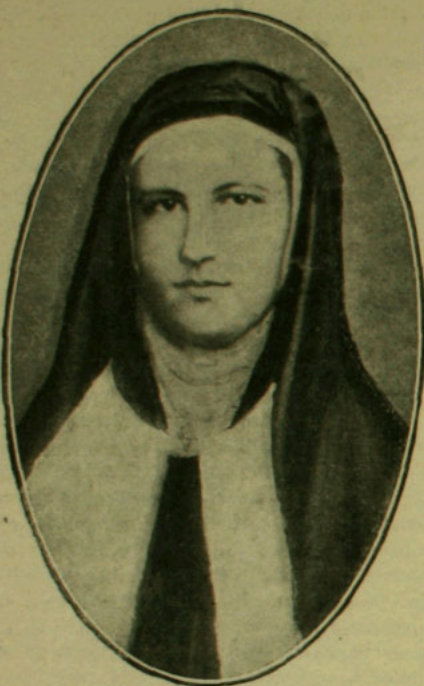
—No conservo sino recuerdos vagos. Le veía sólo de lejos. En mi familia recordaban que mi madre le había llevado a Europa en el segundo de sus viajes. Entonces era cosa muy seria ir a Europa: se tardaba meses de meses, además de todos los peligros que se corrían. Mi padre fué guardia de corps de Fernando VII. Cuando en España comenzaron a presentir que la idea de la independencia tomaba cuerpo en América, una de las medidas acordadas para contrarrestar el movimiento fué la de pedir que de las colonias se enviaran a la metrópoli algunos jóvenes de entre las familias acomodadas del país a fin de constituir una guardia de puro lujo, en la que cada soldado tenía los honores de oficial. Mi padre fué uno de los enviados de Chile y en su segundo viaje llevó a mi tío Ramón...

—Con Balmaceda, ¿fué compañero de estudios en el Seminario?

—Sí, aunque él estaba en un curso posterior. Fuimos amigos muy íntimos; después los accidentes de la vida nos apartaron y no lo volví a ver hasta que fué Presidente. José Manuel era un alumno aprovechado, muy estudioso y probablemente uno de los primeros de su curso.

—¿Tiene algún fundamento de leyenda que le presenta ya de escolar, dando pruebas de mal carácter y cometiendo a menudo actos atrabillarios que parecían denunciar en él ciertos pujos de superioridad?





Honoria Errázuriz, hermana de don Crescente, viste el hábito de religiosa, a cuyo apostolado ha dedicado su vida.

—No: era un estudiante tranquilo, aprovechado y, como amigo, lo era muy leal y servidor. De su carácter recuerdo que era afable y que entre los condiscípulos contaba con muchas simpatías... También no olvido, de los compañeros de colegio, a Salvador Donoso...

—¿Estaba usted en Santiago cuando la compra de los buques?

—Sí, me encontraba aquí. Me acuerdo que teníamos la costumbre de reunirnos en casa de Federico, mi hermano, todas las mañanas, Francisco Echenique, padre de los Echenique que usted conoce, los Amunátegui y otros. Una mañana, cuando tuve noticias del encargo de los buques, y como en esos días había habido ciertas manifestaciones públicas contra la Argentina, le pregunté a Federico, que era por ese entonces Ministro de la Guerra: "¿Qué hay peligro de guerra con la Argentina?" a lo que él me respondió inmediatamente: "No, hombre; si son para defendernos del Perú"...

—¿Cultivó amistad con los Amunátegui?

—Aunque no muy de cerca, conocí mucho a don Miguel Luis, a don Gregorio y mucho más a Manuel. Con motivo de los juicios que estampé en el prólogo de mi obra "los orígenes de la Iglesia Chilena", sostuve con él una polémica larguísima. Me acordaré siempre de esa polémica como de un modelo de serenidad, donde no había una palabra hiriente ni un concepto agresivo: casi podría decir que ella se mantuvo en un tono de cordialidad, como si se tratase de amigo a amigo, a pesar de haber abarcado en ella muchos puntos. Creo que actualmente, si él viviese, no tendría que suprimir en ella una palabra; otro tanto puedo decir yo.

Habiendo releído una vez más el prólogo del libro de don Crescente Errázuriz, no hemos podido sino recordar con admiración el tono de dicha polémica promovida por conceptos y apreciaciones como la siguiente: "Mas ya que abandonamos la idea de seguir paso a paso sus investigaciones al investigador de "Los Precursores", y, pues, el lector casi no volverá a oírnos hablar de esa obra, permítanos mostrar con algunas observaciones generales su ningún valor histórico y la razón que nos asistirá para creerla funesta a la religión". Pero, no pudo ser de otro modo: mediaron en esa polémica dos espíritus serenos, antes reflexivos que cegados por las pasiones, que aunque orientados por credos opuestos, sabían colocarse sobre todos los prejuicios al tratar de los más delicados asuntos de la historia.

—¿Con don Isidoro Errázuriz mantuvo relaciones cordiales?—le preguntamos a don Crescente.

—Isidoro era sobrino mío; pero era cinco años mayor que yo. Durante un tiempo nos vimos con frecuencia; después los acontecimientos nos separaron. Solíamos encontrarnos, nos saludábamos... y nada más. ¡Muy simpático era Isidoro... muy simpático!...

—¿Fue amigo con don Benjamín Vicuña Mackenna?

—Sí, muy amigo. Me prestó muchos y muy señalados servicios. Puso en mis manos todos sus documentos, permitiéndome hacerlos copiar. Cuando yo estaba escribiendo los "Seis años de la Historia de

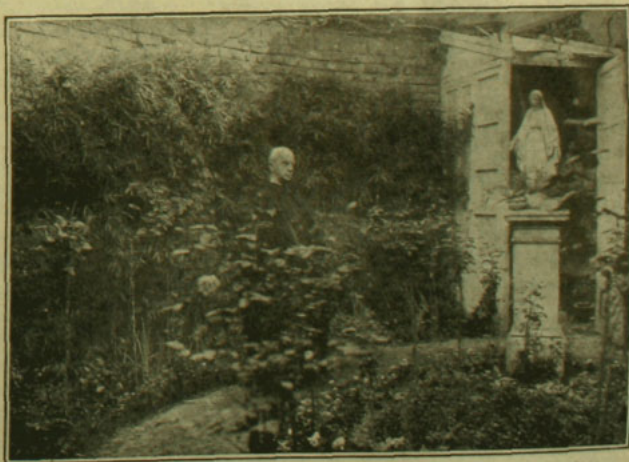
Chile" acababa de adquirir él el manuscrito de la "Historia de Chile", de Rosales, una preciosísima copia: no recuerdo si ya la estaba imprimiendo o si pensaba hacerla imprimir. Me la prestó para que la consultara y pude utilizarla con manifiesto provecho, que no olvidaré nunca. Sin embargo, a pesar de nuestra amistad y del mutuo aprecio con que creo que nos correspondíamos, no dejamos de tener más de una polémica durante los años en que era intendente. Pero, no era posible ser enemigo ni guardarle rencor: ¡era un hombre todo corazón! He aquí un rasgo suyo: había escrito don Marcos Mena un libro muy curioso, en el que había de todo, recetas para ésto y para lo otro, lecciones que aconsejaban no comer carne, otras que ordenaban la abstención de las verduras cocidas. Era su autor muy amigo con Vicuña Mackenna, lo cual le dió motivo al autor de la "Historia de Santiago" para escribir un artículo que se titulaba así: **Un libro crudo y sin sal**. No le sonó a gloria el escrito a don Marcos y lo contestó en un artículo graciosísimo, en el cual convenía que si en su libro abundaba de todo, no había hecho otra cosa que imitar el ornato del Cerro Santa Lucía, donde Benjamín comenzaba a colocar lo que encontraba para embellecer ese paseo. Y si don Marcos Mena se había disgustado con la nota de Vicuña Mackenna, éste no se encontró muy de su agrado después del sabroso artículo de aquél, en el que daba en el clavo de su amor propio. Sin embargo, Vicuña Mackenna, como ya le decía, no era hombre capaz de tener resentimientos con nadie: el mismo día en que apareció lo de Mena, le envió cuatro letras, diciéndole que se dejaran de polémicas, invitándole a que almorzaran en el Cerro... Y de ese modo terminó la cuestión.

—Cuando se presentó la candidatura presidencial de D. Benjamín, ¿estuvo Ud. de su parte?

—Era entonces yo redactor en "El Estandarte Católico", y como recibiera frecuentes insinuaciones para escribir, apoyando la candidatura presidencial de Vicuña Mackenna, cuando los conservadores estuvieron medio inclinados de su parte, hice un artículo en el que combatía a ambos, pues eran adversarios.

—¿De cuándo data su decisión por los estudios históricos?

—Comencé a escribir por insinuación del Arzobispo Valdivieso. El Arzobispo tenía viva afición por todo lo que concernía a la historia de Chile. En sus viajes a Europa hizo copiar toda la correspondencia de los Obispos y todas las reales cédulas y, como es natural, tenía interés de que alguien las aprovechara, escribiendo la historia de la Iglesia en lo que a nosotros toca. Muchas veces me dió a entender que yo podía hacerlo, pero bien me guardaba de darme por aludido y disimulaba cuanto podía. En cierta ocasión fué a pasar una temporada a los baños de Apoquindo y un día que estábamos reunidos con él numerosos sacerdotes y amigos suyos, el Arzobispo comenzó a lamentar que, habiendo reunidos tantos documentos para la historia eclesiástica de Chile, no existiese un hombre de buena voluntad y de trabajo que se dedicara a aprovecharlos, escribiendo dicha historia. Entonces, y aprovechando que estaba don Mariano Casanova frente a mí asiento, me apresuré a decirle: "Mi amigo don Mariano, esta indirecta es para



Don Crescente en el fondo de su pequeño jardín



Madrid 10 Diciembre 1872.

Señor don Eduardo de Saavedra.

R. P. M.

Fray Ramundo Sra. Sra.

Muy le mudo, de mi mayor consideración
He recibido con el mayor gusto los
dos volúmenes de la obra que
ha consagrado al estudio de una
época tan importante para la
historia de nuestras naciones
como la de la gran sublevación
de los araucanos en el tránsito
de los siglos XVI al XVII.
Por la inmensa acumulación
de datos por la perfección del
estilo y por el interés de

la narración, Los seis años de
la pintura de Chile, es un
monumento levantado a la gloria
de nuestro nombre ascendiente,
no menor que a la literatura
hispano americana contemporánea.

En esta ocasión se ofrece
de V. amigo, compañero affm
y. b. i. m.

Eduardo de Saavedra

Carta dirigida a don Crescente por don Eduardo
de Saavedra, erudito y prestigioso historiador
peninsular

usted"; pero el Arzobispo, dirigiéndose a
mí, me repuso inmediatamente: "No, mi
amigo: es para usted"... Ya ve, pues, como
de aquella insinuación saqué energías

para escribir mi primer libro: "Los orígenes
de la Iglesia Chilena". Hace de esto
cuarenta y siete años, porque fué el año 72.

—¿En qué periódico fué el primero en
que recuerda haber colaborado?

—Cuando me ordené me hice cargo de
la "Revista Católica". En "El Estandarte Cató-
lico" escribí muchísimo. Me hice cargo
de ese diario por complacer los deseos del
Arzobispo Valdivieso. El fin del periódico
era defender los intereses de la religión,
así es que en él nunca escribía sobre po-
lítica sino en cuanto ésta se relacionaba
con las cosas eclesiásticas. Fuera de tales
asuntos solía dar algunos estudios muy in-
teresantes sobre hacienda Eduardo Ed-
wards.

—¿Y en "La Estrella de Chile"?

—Sí: allí dí a la estampa algunos ar-
tículos literarios, históricos. Pero son po-
cos los que he escrito.

—¿A qué escritores, colaboradores de
"La Estrella", recuerda haber conocido, o
por lo menos haber visto en la redacción
de la revista?

Plensa un instante don Crescente, con-
centrando toda su atención en aquel es-
fuerzo de recordar nombres y personas de
una época lejana. Luego se alza de su
asiento, va a una pieza contigua y regresa
en seguida con un volumen de la revista.

—Esto auxiliará a mi memoria—dice.—
Hojeemos sus páginas y en ellas encon-
traremos los nombres de las personas que
recuerdo haber conocido y muchos de los
cuales viven aún... Enrique del Solar,
Abdón Cifuentes, los Aguirre, Concha Cas-
tillo, Antonio Espiñeira, Gumucio, Esteban
Muñoz, Enrique Nercaseau, Zorobabel Ro-
dríguez, Juan Salas, Rodolfo Vergara...

—¿Es verdad que por aquellos años ha-
bía formado usted con algunos amigos
una asociación para corregirse mutuamente
lo que escribían?

—Tanto como asociación creo que se
podría decir que no era. Eramos cuatro:
don Rafael Fernández Concha, José Ber-
nardo y José Antonio Lira, entre quienes
nos consultábamos y leíamos todo para
corregirlo. Y, puedo decir a conciencia, que
jamás sostuve algo que ellos no hubieran
aprobado.

—¿A Rómulo Mandiola le veía frecuen-
temente?

—Casi a diario, durante el tiempo que

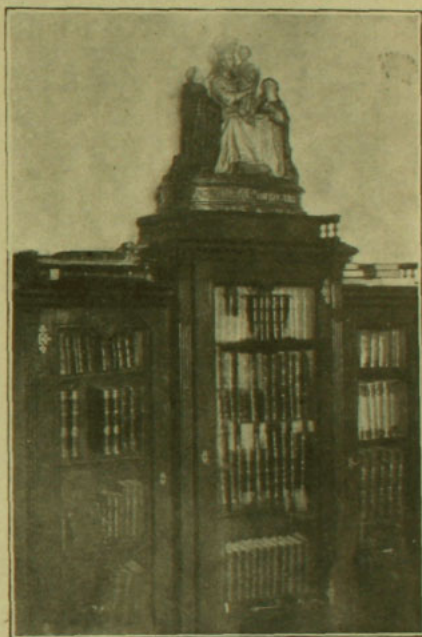
estuve en "El Estandarte Católico". ¡Qué inteligencia tan brillante era la suya; qué talento tan claro! El estuvo en "El Estandarte" hasta que yo lo dejé. Cuando murió el Arzobispo Valdivieso, el año 78, me retiré de la dirección, pues yo estaba en él únicamente por cumplir con sus deseos.

—Según entiendo, ¿fué usted muy amigo de don Camilo Cobo?

—Mucho. Fué Cobo uno de los hombres más apreciables y digno de ser querido que he conocido en mi vida. Muy inteligente, de carácter suave, de integridad a toda prueba, escritor correcto y elegante y dado por completo al estudio, sólo su mala salud y algún retraimiento de carácter le hicieron figurar menos de lo que hubiera debido ser. Redactaba "El Mercurio" de Valparaíso cuando fué llamado a desempeñar el Ministerio de Hacienda, pesadísimo entonces, pues no se había creado el de Obras Públicas. Después fué Rector del Instituto Nacional, y hasta su muerte ocupó en la Universidad la cátedra de economía política. Lo conocí en el año 1857, si no me equivoco. En el colegio de San Luis se dió por aficionados una comedia—me parece que "Don Francisco de Quevedo"—y entre los actores se contaban don Abdón Cifuentes y don Camilo Cobo, que más tarde habían de formar parte de un mismo Ministerio... Fuimos largo tiempo compañeros con Cobo en la Universidad, en donde, como él economía política, enseñaba yo derecho canónico. Nuestra amistad no se reducía al trato diario en la Universidad, sino que a menudo salíamos en las tardes a caballo por los alrededores de la ciudad. No da mucho con qué mantener a una numerosa familia el cultivo de las letras, y Cobo me hablaba a las veces de sus apuros pecuniarios. Una tarde me decía: "¿Creerá usted que mi mujer se ve en la necesidad de ir a la plaza por no poder aumentar el servicio"... —Pero eso es muy honroso para usted, le repliqué. Tal pobreza después de salir del Ministerio de Hacienda es muy honrosa: "Será, si usted quiere, muy honrosa; pero es harto embromada"... Varias veces había tenido pulmonía. En la última, de la cual murió, me llamó su esposa y me dijo en su aflicción: "El pobre Camilo está muy malo y él, tan católico

y piadoso, no piensa en confesarse. Háblele usted, pues si yo le dijese algo le daría muchísima impresión. Apenas estuve solo con el enfermo, éste me dijo: "De esta pulmonía no escapo. Y lo peor que no me atrevo a llamar a mi confesor por no afligir a mi mujer"... Le prometí hablar con ella y se llamó luego al confesor, que creo era un capuchino.

—¿Qué otros compañeros tenía usted co-



Un rincón de la sala de trabajo del historiador

mo profesores en la facultad de leyes?

—Era muy brillante el profesorado compuesto de don Manuel Amunátegui, don Cosme Campillo, don Enrique Cood, don Clemente Fabres, don Jorge Huneeus, don Bernardo y don José Antonio Lira y don Miguel A. Varas. A la muerte de Cobo lo reemplazó don Ramiro Sotomayor Valdés.

—¿Cuánto tiempo ocupó usted la cátedra de derecho canónico?

—Once años: hasta que entré a la Recoleta Domínica.

—Y en la Recoleta, ¿cuánto tiempo estuvo?

—Cerca de veinticinco años.

—¿Cuánto tiempo fué allí superior?

—Diez años, hasta que una gravísima enfermedad me puso en la imposibilidad de servir. La primera firma que estuve en estado de poner la puse al ple de mi renuncia, que envié a Roma. La enfermedad continuó y en medio de atroces dolores me mantuve en el lecho, sin movimiento, como dos años. Tullido, llegué a perder por completo el uso de las piernas. Aunque poco a poco lo recuperé, permanecí en la imposibilidad de seguir la vida común y de asistir a las distribuciones y necesitaba para todo del auxilio ajeno. En vista de ello y para tener el cuidado de la familia, determiné venirme a mi casa y, de consentimiento del señor Arzobispo, arreglé todo para volver al clero secular. El Internuncio me pidió entonces que conservase el hábito religioso en mi casa hasta que me mejorara. Pasó mucho tiempo y cuando me convencí de que me era imposible tornar al convento, obtuve la secularización perpetua.

Afuera, en el pequeño jardínillo alegre, que sonríe en todo el esplendor de su primavera, la luz de la tarde comienza a apagarse lentamente. Las rosas que hacen dos horas, con todo el calor meridiano, se erguían, asomando su nevada blancura sobre el alféizar de la ventana, parecen haberse mustiado: se doblan sobre sus pedúnculos con toda la nostalgia del sol que para ellas ha muerto ese día. La voz de don Crescente calla un instante. Sus pupilas muestran la fatiga de aquel continuo recordar cosas lejanas, hechos distantes y personas idas. Antes que el silencio le permita darse cuenta de lo avanzado de la hora, le pregunto:

—¿De los días de la revolución del 91; de sus relaciones con Balmaceda en aquellos momentos trágicos, ¿conserva algunos recuerdos interesantes?

—Mis relaciones con Balmaceda fueron escasísimas y sólo se refirieron a algunas cosas relativas a los asuntos eclesiásticos... Respecto de la revolución, vi muchas co-



Don Crescente en su sala de trabajo

cas, fui testigo... pero, ¿sabe usted que sobre estas cosas no es del todo fácil hablar?... Valmejos escribió un artículo titulado "Artículo que no me compromete con alma viviente. Las amas de mis hijos"...

La respuesta es cortante. No es imposible insistir sobre el particular. Don Crescente se ríe buenamente y esa su sonrisa paternal se transforma bien pronto en una expresión de interés cuando le decimos:

—¿Tuvo usted una parte muy directa en la elección de don Mariano Casanova como Arzobispo de Santiago?

—Deseaba yo con vivo agrado que fuese él elegido. Hubo oposición contra don Mariano, pues no era él a quien querían muchos. Yo estuve con él siempre. Después cuando vinieron las bulas y se trató del juramento, me pidió que arreglara la fórmula con Balmaçada, con quien no me veía desde mucho tiempo, por que habíamos ido por caminos tan diversos. Con este motivo nos escribimos largas cartas que conservo, discutiendo la fórmula. Después me vi con él en la Moneda; fué la última vez que vi al pobre José Manuel.

Hemos esperado el último instante para hablarle a don Crescente sobre su obra. Con todo el interés del que desea oír de labios del padre el elogio del hijo predilecto, le decimos:

—De sus libros, ¿cuál es el que prefiere?

—Nunca los padres atinan sobre cuál es el mejor de sus hijos—nos responde inmediatamente.—¿No dicen que Cervantes prefería de entre sus obras "Persiles y Sigismunda"?... y eso siendo Cervantes. Ya ve usted como son los peores jueces los autores. Sí que le diré que el que me gusta menos de mis libros es "Los orígenes de la Iglesia chilena", que fué el que escribí primero, hace medio siglo. He encon-



Tengo lo que deseo: una casa tranquila, sola, con jardín... y buenos amigos...

trado errores insalvables por aquellos años en que carecíamos de muchos documentos que hoy son conocidos.

—¿Por qué no ha completado su historia de Chile, escribiendo el volumen sobre Almagro?

—Esa obra me demandaría un gran esfuerzo y ya estoy muy viejo. Mi deseo hubiera sido escribir tal vez mi último libro sobre el Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga, porque durante su gobierno fué la ocupación de Chiloé y concluyó la conquista de Chile, que comenzó en Valdivia. Y he renunciado a escribirlo porque don José Toribio Medina conserva dos gruesos volúmenes sobre Quiroga y algunas obras de aquella época, que es menester consultar. Esos volúmenes están manuscritos,

puesto que se conservan inéditos los documentos que pertenecen a la colección que Medina publicaba y ahora no ha podido hacerlo por falta de auxilio, y a mí ya mis ojos no me permiten leer... Mucho me han instado Medina, Thayer y otros para que escriba la historia del adelantado don Diego de Almagro; pero no me atrevo pues estas otras cosas son muy fáciles para mí porque conozco los personajes. En cambio, aquel período sería mucho más arduo, exigiría mucho mayor aliento y las fuerzas me faltan.

—Cuando trabajaba, documentándose para escribir sus libros hace algunos años, ¿tuvo ocasión de conocer de cerca a Barros Arana?

—Sí, y le fui deudor de muchos servicios. Me prestó todos sus documentos, permitiéndome que los hiciera copiar y hasta me facilitó sus apuntes más de una vez. Nunca agradeceré bastante todos sus favores y los beneficios se los debo hasta después de muerto, porque su historia me ha sido imprescindible para iniciarme en lo que he escrito referente a la conquista.

—¿Qué otros autores y obras le han prestado ayuda eficaz en sus investigaciones?

—Cuatro son los hombres a quienes les debo sobremanera en todo lo que se refiere a la conquista y sin los cuales no habría podido hacer nada: Barros Arana y Amunátegui, para guiarme en la época de la conquista de Chile. Ellos me mostraban por lo menos los puntos que debía estudiar, aclarar y en cuanto fuera posible aumentar los datos con los nuevos documentos. En seguida Medina, que, con la publicación de sus documentos me ha puesto en el caso de escribir, porque esos documentos han dado todos los datos nuevos con que se puede enriquecer la Historia de Chile. Y el cuarto es don Tomás Thayer Ojeda: los servicios que a él le debo son numerosos y de varias clases. Primeramente sus libros: no hay idea lo que facilitan: "Los Conquistadores", "Las Antiguas Ciudades de Chile", "Santiago durante el Siglo XVI", para quienes deseen estudiar esa época. Son los verdaderos manuales que le ahorran tiempo, trabajo y le dan certidumbre con todos los datos que le proporcionan. Sobre toda pon-

deración facilitan el estudio y el trabajo de escribir la historia de esa época... En seguida Thayer, me ha servido como amigo, proporcionándome innumerables datos que ha coleccionado en sus estudios particulares, poniendo a mi disposición documentos que él había recopilado en los Archivos de la Audiencia y otros archivos de acá; traduciéndome muchos de esos manuscritos, que no habría podido entender porque no estoy habituado a la escritura de aquella época y por la vista. Generalmente haciéndome observaciones y corrigiéndome numerosos errores en los manuscritos o en las pruebas.

—¿Cuál es su método de trabajo?

—Comienzo por recorrer todos los documentos de la época. Después, clasificándolos por años o por acontecimientos, hago extracto de todos ellos. En seguida comienzo la redacción de los sucesos. Acostumbro, escribir por un lado del papel dejando el dorso para las adiciones, correcciones o cambios que los futuros estudios me van indicando. Hecho todo esto saco en limpio lo que he escrito.

La voz de don Crescente traduce una fatiga visible. Los minutos vuelan. El día declina. Afuera, en el primer patizuelo, la pequeña fuente que hay entre los helechos, canta suavemente en el continuo caer de su hilillo de agua. La sombra de la iglesia vecina parece que comienza a vaciarse sobre los aposentos. Abandona su silla don Crescente y me invita a salir al jardín, al pequeño jardincito conventual, tapizado de verdes trepadoras y de flores frescas. Una silla de mimbre, arrimada junto al muro, invita al reposo. En el fondo del jardín, en el encuentro de dos senderos, se alza un pedestal y en él una pequeña imagen, que abre su manto en un gesto protector. La tarde cae sobre las flores de este diminuto paraíso con una suavidad de ensueño: ni un rumor, ni una agitación, ni una nota importuna. Bien se nos alcanza que en la paz de este rincón apacible la meditación es un tesoro y la santidad la más noble de las virtudes.

Cuando don Crescente nos alarga la mano

para despedirse y como nosotros prodigamos una última alabanza a su jardín y a la pequeña casita que, junto a él duerme, nos replica suavemente:

—Tengo lo que deseo: una casa tran-

quila, sola, con jardín... y buenos amigos...

Nosotros pensamos entonces: si esta no es la felicidad, ¿dónde se la podrá encontrar entre los mortales?...

